



CAPÍTULO 1

Dios conoce mi nombre

CUANDO LLEGAMOS A ESTE MUNDO, NUESTROS padres con frecuencia son personas que están en proceso de aprendizaje, parecido a las personas que estudian en una escuela de manejo. No debemos juzgarlos con dureza, pero a veces los padres de quienes necesitamos una mayor demostración de amor, son quienes más nos lastiman y decepcionan.

Por ser su madre, tomo muy a pecho y me enojo grandemente cuando alguien maltrata o lastima a mi hija Maisey-Ella. Para mí es terrible cuando me entero que alguien le ha hecho daño. Me cuesta trabajo no intervenir en el asunto. Mi esposo me ha dicho en muchas ocasiones: «Beth, ¡no puedes ir a pelearte con las niñas!» Pero yo sé que mi hijita es totalmente preciosa por dentro y por fuera. Claro que no es perfecta, pero el problema es que no todo mundo nos va a querer, amar o estar de nuestro lado todo el tiempo. A veces nos van a entender mal, culpar y rechazar. Pero en nuestro hogar, cuando Maisey-Ella

regresa de un día miserable en la escuela, la esperan un par de brazos amorosos. Brazos que incondicionalmente están disponibles para limpiar sus lágrimas y que van junto con un corazón lleno de amor para comunicarle palabras dulces de aceptación y seguridad, y la promesa de que no importa lo que suceda, te amamos niña hermosa y estamos para apoyarte.

Todos los seres humanos necesitamos consuelo y seguridad de que en los días de lágrimas cuando el «mundo» nos rechace, la gente que realmente nos conoce (con todo y verrugas) nos va a apoyar. Esa gente es nuestra familia, nuestros padres. Sin embargo, en ocasiones nuestra familia no está presente. Pero Dios es nuestro maravilloso Padre celestial que siempre está ahí, siempre nos ama, siempre nos perdona. Él puede sustituir a cualquier padre imperfecto, calmar cualquier espíritu quebrantado y liberar cualquier corazón esclavizado.

Quiero contarle mi historia

Quiero compartir con usted una asombrosa historia de restauración, una historia de esperanza que todos podemos tener. Le pido a Dios que Su verdad lo llene de ¡gozo, libertad y poder! No quiero señalar a nadie ni hacer quedar mal a nadie. Simplemente quiero gritar a los cuatro vientos que Dios sana, restaura, tiene un plan para usted y ¡lo ama completamente! Si todos pudiéramos hacer nuestra esa verdad, seríamos libres para vivir, para dar y para amar y aceptar a los demás y a nosotros mismos. Y cuando comunicamos esa gloriosa verdad a un mundo sufriente y quebrantado, que necesita con desesperación este mensaje del corazón de Dios el Padre para nosotros, Dios se glorifica y puede cambiar y transformar muchas vidas más.

Al recordar mi infancia, veo que mi mamá fue una verdadera santa y mi mejor amiga. Me llevó a la iglesia y me enseñó acerca de Dios. En público mi papá parecía ser el padre perfecto, pero en privado tenía problemas de ira... y nosotros sufrimos una violencia terrible. Al final de mi adolescencia mis padres se separaron. No creo que debamos analizar los errores o faltas de nuestros padres bajo un microscopio y culparlos por todos nuestros problemas y asuntos no resueltos. Dios nos enseña que debemos perdonar y Él nos da Su gracia para hacerlo. Nos ayuda a levantarnos por encima de las circunstancias más difíciles para volver a empezar. Él re-escribe el quebrantamiento para darnos esperanza y un futuro increíble con Jesús.

Pero quiero contar esta historia porque creo en un Dios que restaura y porque a través de Su poder he visto Su reconciliación y sanidad en las familias más quebrantadas. Sé que es posible y siempre he orado que eso suceda con mi padre. Sin embargo, se requiere más que un milagro para que suceda; se requiere de apertura y humildad de todos los involucrados. Puesto que mis padres se divorciaron, él y yo tenemos muy poco contacto. Durante todo el tiempo que pensé que era imposible y hasta destructivo tener una relación normal de padre a hija con él, he andado con mucho cuidado y he vivido toda mi vida adulta sin él.

Durante mi embarazo de nuestro tercer hijo, comencé a tener algunos síntomas preocupantes y después de su nacimiento los doctores hicieron varias pruebas para ver si tenía una enfermedad del hígado. El especialista me dijo que antes de realizar la biopsia en ese órgano, necesitaba saber lo más posible de mi trasfondo médico. Me pidió que contactara a todos mis familiares y preguntara si alguien había padecido del hígado. Me puse en contacto con cada

uno de los miembros de mi familia y con nerviosismo le envié un correo electrónico a mi papá. Me respondió de inmediato y hasta el día de hoy no puedo creer su áspera respuesta.

Me dijo que sí, que había enfermedades hepáticas en su familia y también cáncer, y que él esperaba que yo tuviera ambas.

«Beth,» escribió, «mereces lo que te pasa porque el sufrimiento hará que alguien tan egoísta y vil como tú sea una mejor persona».

¡Uf! Eso dolió.

Después añadió frases terribles acerca de Matt y nuestros hijos que no necesito repetir aquí. El correo electrónico terminaba diciéndome que me había borrado de su testamento y que le había dicho a su abogado que jamás me informara acerca de su muerte ni dónde lo iban a enterrar. Mientras esperaba los resultados de mis exámenes de hígado, mi padre terrenal me había maldecido y condenado.

Dios nos creó para amar y ser amados. Mi padre terrenal me conoció, me rechazó y detestó. ¿Hay algo que provoque mayor dolor? No podía respirar. Llamé a Matt y le leí el correo electrónico. Llamé a mi mamá y a mi mejor amiga, Anna. Por dentro anhelaba que alguien ¡me dijera que me amaba! ¡Por favor, alguien, quíteme el dolor provocado por el rechazo! Las duras palabras de mi padre penetraron tan hondo en mi corazón, que sentí que sangraba por dentro. Estaba desesperada por recibir un amor más profundo, que alguien me validara y me aceptara. Ninguna palabra humana podía aliviarme.

Colgué el teléfono y respiré profundamente.

Entonces clamé a Dios... mi *verdadero* y asombroso Padre **celestial**; Padre por siempre, el que conoce todas mis fallas **y** deficiencias y que *nunca jamás* me ha rechazado. Él **tiene** escrito mi nombre en la palma de Su mano y estuvo **dispuesto** a extender Sus brazos para que lo clavaran en **una** cruz para salvarme de mi pecado para siempre. Me **amó** lo suficiente como para morir de manera injusta. Él anduvo en un camino de agonía lacerante, rogando, **siendo** burlado. Llevó mi cruz, mi muerte, mi pasado y mis pecados. Su amor fue suficiente cuando dijo: « *Todo se ha cumplido* » Así que muerte y dolor, quebranto y rechazo, ¿dónde está tu aguijón? Todo lo que necesito en esta vida está accesible y disponible para mí a través de **Su** muerte.

El nuestro, es un Dios que salva y acepta y que puede sanarnos por completo. Su amor sobrepasa las palabras de un hombre herido cuya vida estaba tan quebrantada que lo único que sabía hacer era aplastar a los demás. Enfrenté el dolor de aquella situación, pero al mismo tiempo conocí una revelación hermosa y poderosa que hablaba más fuerte que todas esas palabras de rechazo. «Aunque mi padre me abandone, mi Dios jamás me dejará. Aunque mi padre trate de borrar me de su vida, Dios nunca me olvidará». En ese momento supe una verdad profunda y permanente que me cubriría totalmente: Dios me conoce por mi nombre.

Mi Padre celestial me valora , tiene planes de bien para mí y me abraza con Sus brazos sobrenaturales. Vive en mí por medio de Su Espíritu y está conmigo en cualquier situación que me amenace. Aún cuando puedo dejarme llevar por pensamientos de inseguridad y de mal. Mi Dios

jamás me rechaza ni olvida. Él no me olvida en tiempos de necesidad. ¡Desde el cielo Él me llama para recordarme que soy suya! Él me hizo y por tanto, me conoce ¡y me ama! Soy suya para siempre. Dios me habló con poder a través de Su Palabra:

*«¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho,
y dejar de amar al hijo que ha dado a luz?
Aun cuando ella lo olvidara,
¡yo no te olvidaré! Grabada te llevo
en las palmas de mis manos;
tus muros siempre los tengo presentes»
(Isaías 49:15–16).*

El Padre celestial, Dios viviente y amoroso nos conoce por nombre. Él nos hizo, nos redimió, nos escucha y jamás nos olvidará. ¡Aleluya!

En este libro quiero compartir con usted algunas de las formas más poderosas en las que Dios cubrió el rechazo punzante de mi padre con Su verdad gloriosa y eterna. Espero que le sea de ayuda y le permita también ayudar a otros.

Isaías 43:1–4 dice lo siguiente:

*«Pero ahora, así dice el Señor,
el que te creó, Jacob,
el que te formó, Israel:
«No temas, que yo te he redimido;
te he llamado por tu nombre; tú eres mío.
Cuando cruces las aguas,
yo estaré contigo;
cuando cruces los ríos,*

Dios conoce mi nombre

*no te cubrirán sus aguas;
cuando camines por el fuego,
no te quemarás ni te abrasarán las llamas.
Yo soy el Señor, tu Dios,
el Santo de Israel, tu Salvador.
...porque te amo y eres ante mis ojos
precioso y digno de honra».*

En este pasaje hay varias verdades que tenemos que entender y a continuación trataremos una por una.

Dios conoce nuestro nombre

«Te he llamado por tu nombre; tú eres mío» (Isaías 43:1)

Antes de poner un nombre debemos meditar en él. El nombre comunica un significado, valor, identidad y significancia. Su nombre fue escogido de forma específica y especial para usted. El nombre da humanidad y dignidad a las personas. El enemigo quisiera que viviéramos en el anonimato, sintiéndonos como personas sin valor, ilegítimas, desconocidas, sin importancia, sin gloria y no aptas para llevar un nombre. En el siglo diecinueve Londres vivió una época de pobreza material, emocional y espiritual de tal forma, que a los «niños se les tenía tan descuidados que ni siquiera les daban nombres. Se conocían unos a otros por sus apodos». ¹

En contraste, Dios dice que tiene un nombre para nosotros. Cuando nos sentimos sin valor e insignificantes, Él nos da valor y significancia al llamarnos por nuestro nombre y escogernos para Su gloria.

Cualquier persona que va a tener un bebé seguramente habrá leído varios libros con nombres para escoger el

jamás me rechaza ni olvida. Él no me olvida en tiempos de necesidad. ¡Desde el cielo Él me llama para recordarme que soy suya! Él me hizo y por tanto, me conoce ¡y me ama! Soy suya para siempre. Dios me habló con poder a través de Su Palabra:

*«¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho,
y dejar de amar al hijo que ha dado a luz?
Aun cuando ella lo olvidara,
¡yo no te olvidaré! Grabada te llevo
en las palmas de mis manos;
tus muros siempre los tengo presentes»
(Isaías 49:15–16).*

El Padre celestial, Dios viviente y amoroso nos conoce por nombre. Él nos hizo, nos redimió, nos escucha y jamás nos olvidará. ¡Aleluya!

En este libro quiero compartir con usted algunas de las formas más poderosas en las que Dios cubrió el rechazo punzante de mi padre con Su verdad gloriosa y eterna. Espero que le sea de ayuda y le permita también ayudar a otros.

Isaías 43:1–4 dice lo siguiente:

*«Pero ahora, así dice el Señor,
el que te creó, Jacob,
el que te formó, Israel:
«No temas, que yo te he redimido;
te he llamado por tu nombre; tú eres mío.
Cuando cruces las aguas,
yo estaré contigo;
cuando cruces los ríos,*

pero cuando Dios lo llama, invoca sobre usted Su verdad, libertad y vida. Su responsabilidad es tomar buenas decisiones, creer de continuo y vivir para las cosas a las que usted ha sido llamado. Jamás se esconda detrás de otro nombre. Muchos llevamos etiquetas que el enemigo nos quiere poner por nuestras experiencias pasadas y presentes. Como por ejemplo: no deseado, fracasado, dudoso, feo, no amado, deficiente, reina del drama, del error, una desgracia, vergüenza, olvidado y muchas otras mentiras.

Esos pensamientos y sentimientos no pueden originarse en Dios, porque Él es el dador de dádivas buenas y perfectas. Él es el Dios de toda consolación. Las impresiones negativas que usted tiene de sí mismo así como las palabras que mi padre escribió en ese correo electrónico vienen del enemigo, de quien sabemos es un vil mentiroso.

Quizá usted piense que sus problemas e inseguridades son demasiado grandes para resolverlas. Yo he experimentado la bondad y misericordia de Dios en mi vida y puedo asegurarle que usted también puede experimentarlas. Fui víctima del abuso físico, me maltrataron verbalmente y fui rechazada. Sufrí humillaciones muchas veces y tristemente comencé a vivir de la forma en que pensaba acerca de mí misma. En público me sentía terriblemente insegura. No podía salir con amigos sin sentirme tímida y sin importancia. Me odiaba a mí misma por todo lo que hacía.

Entonces fue cuando Jesús me llamó por mi nombre. Y todo cambió. Casi no puedo reconocer a la persona que yo solía ser. Nuestros nombres evocan recuerdos, pero no siempre son la verdad. Yo sé que lo que me define

realmente no es lo que los demás piensan de mí cuando escuchan mi nombre o lo que mi padre terrenal dice de mí. Más bien, lo que me define es la autoridad y compasión del Dios que me llamó por nombre. Él me ama, moldea, convence y prodiga afirmación.

Es tiempo de que lo escuchemos mejor a Él.

Dios me hizo

*«Pero ahora, así dice el Señor,
el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel» (Isaías 43:1).*

Para entender las profundidades del conocimiento de Dios acerca de nosotros, tenemos que entender la importancia de que Él nos haya creado.

Salmo 139:13–14 lo dice de forma hermosa:

*«Tú creaste mis entrañas;
me formaste en el vientre de mi madre.
¡Te alabo porque soy una creación admirable!
¡Tus obras son maravillosas,
y esto lo sé muy bien!»*

La frase *mis entrañas* viene de un vocablo que significa literalmente «riñones». En el idioma hebreo esto significa el centro mismo de las emociones y sensibilidad moral del corazón de la persona.² Aquí nos damos cuenta que Dios no sólo nos conoce de forma casual o simplemente está consciente de que existimos, aunque sería maravilloso que el Dios de los cielos lo hiciera. Pero en realidad Él sabe quiénes somos hasta en el detalle más recóndito de nuestro ser. Dios sabe cómo trabajamos, cómo pensamos,

qué nos alegra, que nos entristece. Él sabe cuándo fue la última vez que usted lloró y por qué lo hizo. Él sabe qué le gustaría recibir en su cumpleaños y le importa. Lo más asombroso es que usted ni se lo tiene que decir. Él lo sabe porque Él lo hizo, Él lo ve, lo escucha y lo ama. Él lo conoce mejor que usted mismo. Él sabe cuál es su necesidad aun antes que diga una palabra con su boca o lo sienta en su corazón.

Dios piensa que soy valioso

«Porque te amo y eres ante mis ojos precioso y digno de honra» (Isaías 43:4).

Lo primero que Dios dijo cuando vio su creación fue: «Es bueno». El hecho de que Dios lo haya hecho significa ¡que usted es precioso!

El salmista afirmó: «¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien!» (Salmo 139:14). Y aún así, Dios no solamente lo creó y dijo: «Buen trabajo» y lo dejó en una repisa. No, Él busca tener una relación con usted. Él nos da vida para que podamos encontrarnos con Él todos los días, de manera profunda y también eternamente.

Antes de casarnos, Matt recibió una invitación para acudir al Palacio de Buckingham. Cuando leyó la lista de invitados, se sintió un poco intimidado. Había personalidades del mundo de los deportes, periodistas, estrellas de cine y ¡mi prometido! Cuando conoció a la Reina cara a cara y al Príncipe Carlos, Matt hizo una reverencia y se quedó impresionado. Imagínese, ¡la reina de Inglaterra!

Él no podía creer que había sido elegido para saludar y conocer a su majestad. De alguna manera, alguien había

considerado a Matt digno de pasar un momento con la reina y su hijo y se sintió muy honrado. ¡Qué privilegio!

Sin embargo, la verdad es que existe mayor honra, una invitación más maravillosa que está abierta a todos. El Dios de los cielos, el Señor de toda la creación; el Dios de Abraham, Isaac y Jacob; el Dios de su pastor y amigos misioneros por todo el mundo; el Dios de Corrie ten Boom y Martín Lutero. El autor de la vida; el principio y el fin, ¡Él le extiende su mano de amistad! Así como mi Matt fue invitado a estar al lado de celebridades y dignatarios frente a la reina en el palacio de Buckingham, es aún mayor honor ser invitados a estar frente al Dios de los cielos y la tierra como iguales, con los héroes de la fe... y no sólo para conocerlo, sino para ¡entablar una relación con Él! Él nos afirma Su amor y nos considera valiosos para Él hoy.

Lea con atención: Isaías 61:3 dice que Él nos ha dado «una corona en vez de cenizas» y el Salmo 103:4 afirma: Dios «*rescata tu vida del sepulcro y te cubre de amor y compasión*». Cualquiera que lleva una corona debe mantener su cabeza en alto. Es alguien sin problemas de identidad. Se le ha dado honor y dignidad.

Dios habla del valor que nos da. Él nos declara Su amor. Somos preciosos ante Él. Así como yo declaro descanso, pertenencia y valor para mi hijo cuando le hablo, cada vez que Dios nos llama por nuestro nombre habla de nuestro valor y cómo nos valora. Él nos conoce íntimamente porque nos hizo y nos ama completamente.

Dios me oye

«Yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador» (Isaías 43:3).

Una de las necesidades humanas fundamentales es que nos escuchen y entiendan. Es más, si sentimos que no nos escuchan, vienen a nosotros sentimientos de soledad y vacío. Cuando no nos escuchan, creemos que no nos entienden, y si no nos entienden, sentimos que no nos conocen. Lo más importante respecto a que Dios sabe nuestro nombre y decidió crearnos, es que nos conoce. Cuando descubrimos que un amigo nos conoce y entiende, nos sentimos muy emocionados. A veces un verdadero amigo puede entendernos mejor de lo que nosotros nos entendemos a nosotros mismos.

En su libro llamado «Relaciones Correctas», Tom Marshall dice que nadie puede sobrevivir mucho tiempo a menos que «sienta que alguien lo entiende, alguien que sabe lo que siente y alguien que aprecia sus deseos e intenciones reales»³ Y sin embargo, aunque un amigo nos entienda, nos conozca y sea nuestro compañero, nadie nos conoce mejor o sabe todo acerca de nosotros que, Dios mismo.

El Salmo 139:1–4 lo dice de forma magnífica:

*«Señor, tú me examinas, tú me conoces.
Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto;
aun a la distancia me lees el pensamiento.
Mis trajines y descansos los conoces;
todos mis caminos te son familiares.
No me llega aún la palabra a la lengua
cuando tú, Señor, ya la sabes toda».*

Algunas personas podrían percibir que esta profundidad de comprensión provoca miedo, y quizá siempre habrá cierto riesgo en amar y ser amados, conocer y ser conocidos tal como somos. El Señor nos conoce completa y totalmente. Nuestros pensamientos, emociones y sentimientos son un libro abierto para Dios. Él ve lo que hacemos y escucha lo que decimos antes de que lo digamos, aún cuando ni siquiera ¡estemos hablando! Él sabe lo que hacemos y por qué lo hacemos. Y lo que es más importante, Él conoce nuestros sueños, ambiciones y anhelos. Pero ¿cómo podemos saber por nosotros mismos que Dios verdaderamente conoce lo más profundo de nuestro ser?

Sabemos que Él nos conoce porque Él *nos escucha*.

Cuando sabemos que Dios nos escucha, nos transforma de ser temerosos, de dudar del amor de Dios, y de Su misericordia y bondad, a ser gente segura de Su amor por nosotros. Cuando Dios me habló a través del canto de las hermosas palabras de Isaías 49 que escuché en mi reproductor de música, yo sabía que Él había escuchado mi clamor y acudió en ese momento con poder, hablándome a través de Su Palabra.

Dios fue fiel a través de Su Palabra real, tangible y veraz. La opción era mía. Yo sabía que no tenía por qué creer las palabras de mi padre terrenal. Mi padre Celestial había visto mi dolor y me había respondido en una forma profundamente personal con Su Palabra.

Dios no se olvida de mí

«Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo» (Isaías 43:2).

En ocasiones podemos saber la verdad de Dios en nuestra mente, pero no dejamos que penetre en nuestro corazón.

O quizá hemos pasado un tiempo de sequía espiritual, un tiempo de sufrimiento o de silencio de Dios. En ese momento, hasta sentimos que nos ha olvidado. Eso nos puede atemorizar y hacernos cuestionar la verdad y realidad de Dios.

Una amiga me contó recientemente que la situación por la que está atravesando la hace sentir como si tuviera cinco años y como si su padre hubiera olvidado recogerla de la escuela. Ese puede ser un sentimiento muy real y profundamente perturbador. Incluso, puede sacudir nuestra fe y confianza en Dios. Una situación en particular puede hacernos sentir que Él no está disponible y que no vendrá. Preguntamos: «¿Dónde estás, Dios?» Sin embargo, conocer la verdad de cuán ampliamente nos cuida y atiende el Señor nos deja sin aliento:

«¿No se venden cinco gorriones por dos moneditas? Sin embargo, Dios no se olvida de ninguno de ellos. Así mismo sucede con ustedes: aun los cabellos de su cabeza están contados. No tengan miedo; ustedes valen más que muchos gorriones» (Lucas 12:6-7).

Dios no es como nuestro padre terrenal. El hecho de atravesar circunstancias difíciles no significa que Él nos haya fallado o nos haya abandonado. Él no nos deja olvidados en la escuela. Dios no olvida al hijo que hizo. Él no nos hace a un lado mientras atiende a otras personas. A Él no le aburrimos y no nos dejó sin terminar Su obra en nosotros. Él nos ama. Es más, Él promete (y jamás deja de cumplir Su Palabra) en Josué 1:5: «no te dejaré ni te abandonaré». Él cuida de nosotros de continuo. «Se deleitará en ti con gozo, te renovará con Su amor, se alegrará por ti con cantos» (Sofonías 3:17).

Dios conoce mi nombre

Dios siempre nos recuerda que no debemos temer porque Él está con nosotros. Y si Él está con nosotros, ¿cómo podría olvidarnos? Si siente que Él lo ha olvidado, lo quiero animar a creer la Palabra de Dios cuando dice: «Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20).

Clame al Señor y Él le responderá. Espere pacientemente en Él y Él se inclinará para escuchar su oración. Dios lo ama, lo escucha, le habla y lo salva. ¡Amén!